

Amistad funesta

Novela

José Martí

Introducción por Gonzalo de Quesada

José Martí por Miguel Tedín

José Martí por Román Vélez

Martí: Discurso pronunciado por el Doctor José Antonio González Lanuza

Martí por Federico Uhrbach

«Martí: su vida y su obra»

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Introducción

por Gonzalo de Quesada

Sea su novela *Amistad funesta* el décimo volumen de las obras del Maestro.

Es milagro que ella, como casi todo lo que escribió, no se haya perdido. Se publicó en 1885, en varias entregas, en *El Latino Americano*, periódico bimensual, de vida efímera—órgano de la Compañía Hecktograph, de New York—que no se encuentra hoy en biblioteca pública alguna. Además, no apareció con el nombre de su autor sino con el seudónimo de «Adelaida Ral», y esto hubiera hecho aun más difícil su hallazgo.

Afortunadamente, un día en que arreglábamos papeles en su modesta oficina de trabajo, en 120 Front Street—convertida, en aquel entonces, en centro del Partido Revolucionario Cubano y redacción y administración de *Patria*—di con unas páginas sueltas de *El Latino Americano*, aquí y allá corregidas por Martí, y exclamé al revisarlas: «¿Qué es esto Maestro?» «Nada—contéstome cariñosamente—recuerdos de épocas de luchas y tristezas; pero guárdelas para otra ocasión. En este momento debemos solo pensar en la obra magna, la única digna; la de hacer la independencia».

En efecto; esta novela vio la luz a raíz de fracasados intentos para levantar en armas, de nuevo, a nuestra tierra, intentos que no apoyó Martí estimando que el plan no era suficiente ni el momento oportuno; brotó de su pluma cuando—en desacuerdo con los caudillos prestigiosos, únicos capaces, con sus espadas heroicas y legendarias, de despertar el alma guerrera cubana—parecía oscurecido, para siempre, en la política; fue engendrada en horas de la mayor penuria, en las que, no obstante, rechazando las tentaciones de la riqueza y sin otra guía que su conciencia ni otro consuelo que su inquebrantable fe en la Libertad, sus principios no capitularon.

A una miseria por palabra se pagó este trabajo, elevado de pensamiento, galano de estilo, con enseñanzas—como todo lo suyo—para sus compatriotas; con algo de su propia existencia.

No sé que el Maestro, en otras ocasiones, cultivase este ramo literario; pero su traducción de *Called back*, de Hugh Conway—por la cual una casa editora le concedió, como gran generosidad, cien pesos—, luego con brillante vestidura y el nombre de *Misterio* vendida por millares, y la versión suya, que talmente parece un original, amorosa y admirable, de *Ramona* de Hellen Hunt Jackson—buscada en vano en las librerías—, son prueba evidente de que a haber dispuesto de oportunidad y sosiego para ello, hubiera, también, triunfado en la Novela. No le faltaban elementos por su conocimiento de la realidad del mundo y sus pasiones, anhelos y torturas; le sobraba fantasía para hacerla resaltar; espléndido lenguaje con que exponerla.

Ni sus versos, ni parte de su correspondencia, ni sus artículos de doctrina y de propaganda, ni sus pensamientos ni su biografía he olvidado; pero cumpliendo con lo principal que él nos enseñó—el servicio de Cuba—poco se ha podido terminar y solamente ha habido tiempo para este volumen—y reunir los homenajes a su memoria que van en el mismo prenda de que aquí, en los lejanos montes de Turingia, donde aun vibran entre pinos seculares las liras de Goethe, Schiller y Wieland, ¡pienso en él y en la patria!

Oberhof, 4 de julio de 1911.

Gonzalo de Quesada

José Martí

por Miguel Tedín

La Nación, Buenos Aires, diciembre 1.º de 1909

A principios del año 1888 llegué a Nueva York en cumplimiento de una misión profesional, y una de mis primeras diligencias fue [ir] a buscar a Martí cuyas correspondencias a *La Nación* me habían impresionado vivamente, revelándome un talento superior y un alma eminentemente americana. Encontrele en su despacho del consulado oriental en Front Street, una de las antiguas calles de la gran metrópoli y apenas llamé a la puerta se adelantó a recibirme diciéndome: ¿Es usted el señor Tedín? (un amigo común le había anticipado la visita), a la vez

que me extendía ambas manos con tal efusión de franqueza y sinceridad, que ese apretón selló entre ambos una amistad que solo la muerte del gran ciudadano ha podido cortar.

Era Martí de mediana estatura, cabellera negra y abundante que rodeaba una frente amplia y bombeada, ojos negros de mirada dulce y penetrante, tez blanca pálida, como son generalmente los cubanos, bigote negro y crespo y un óvalo perfecto redondeaba su fisonomía armoniosa y vivaz. En su cuerpo delgado predominaba el temperamento nervioso, que hacía rápidos todos sus movimientos y sus manos finas y alargadas revelaban al hombre culto consagrado a las tareas intelectuales. Llevaba como único adorno en uno de sus dedos un anillo de plata en el cual estaba grabada la palabra «Cuba».

Cubrían los muros de su despacho estanterías de pino blanco, algunas de las cuales él mismo construyó, y en los pocos espacios libres que ellas dejaban colgaban retratos de los héroes de la revolución cubana que terminó con la paz del Zanjón, y entre los de varios literatos ocupaba preferente el de Víctor Hugo.

Constituían su biblioteca, en primer término, las publicaciones que se hacían en la América latina, cuyo progreso intelectual seguía con avidez, habiendo escrito juicios sobre muchas de ellas; pero tampoco faltaban los de la literatura norteamericana, cuya lengua conocía profundamente, aunque no fuera inclinado a hablarla. Su mesa de trabajo, sumamente sencilla, estaba siempre repleta de papeles que formaban sus numerosos trabajos de correspondencia para los periódicos de Cuba, Méjico, Guatemala, Argentina, y las revistas que bajo su dirección se publicaban en Nueva York, aparte de los documentos oficiales de su consulado. El único ornamento de ella era un tosco anillo de hierro que tuvo de grillete durante su prisión en la isla de Cuba, cuando aun era un niño, por causa de sus ideas liberales y que le fue regalado por su señora madre después de su deportación a España, para que le sirviera de amuleto en su peregrinación por la libertad de su patria.

En aquel modesto despacho mantuvo por muchos años el fuego sagrado de la independencia cubana, sin que por un momento les hicieran desfallecer ni las disidencias entre sus propios amigos, muchos de los cuales creían utópica la revolución, ni el espectáculo de las fortunas que se acumulaban a su alrededor por todos los que consagraban su inteligencia y su autoridad a los negocios comerciales.

Allí llegaban y eran cordialmente recibidos no solo los sudamericanos que deseaban un consejero honrado para orientarse en los caminos de la vida americana, sino todos los cubanos interesados en la política de su país. Allí conoció a Estrada Palma, que a la sazón ganaba su vida manteniendo un pensionado de enseñanza en el estado de Nueva Jersey, y a muchos otros después actuaron en la revolución. A todos recibía con los brazos y el corazón abiertos y para todos tenía no solo las hermosas palabras, sino la ayuda de su experiencia y aun de sus modestos recursos.

Su fisonomía moral se caracterizaba por la más absoluta honestidad en todos los actos de su vida y por el mayor desprendimiento de sus propios intereses en favor del ideal a que había consagrado su existencia, la libertad de Cuba. Su espíritu eminentemente altruista, se asociaba a todos los dolores ajenos y a ellos llevaba el consuelo de su palabra inspirada; lo mismo compartía las alegrías de sus amigos. Su alma sensible y delicada sufría con las asperezas del alma yanqui, y nunca pudo fundirse en los moldes de ambición en que esta está vaciada. Recibió ofertas halagadoras para que pusiera su talento de escritor al servicio de intereses comerciales;

pero jamás quiso desnaturalizar su pluma que solo debía servir para unir a la familia latinoamericana y para luchar por la libertad. Prefirió ser pobre con decoro (palabra que se encuentra en casi todos sus escritos) antes que sacrificar sus convicciones ni su tiempo a tareas menos nobles que aquella en que se había empeñado.

Poseía un raro talento de asimilación y de generalización que le permitía abordar con brillo y con criterio sólido todos los problemas que en el orden político o sociológico entrañan el desenvolvimiento de las naciones y su memoria privilegiada le permitía recordar todo cuanto había pasado por el crisol de su inteligencia. Era raro hablarle de un libro recientemente publicado que él no lo conociera y sobre el cual pudiera expresar su propio juicio; así como conocía a todos los hombres que habían desempeñado un papel prominente en la vida de las naciones latinoamericanas.

Su palabra era suave, fluida, límpida como su pensamiento, sin afectación ni rebuscamiento, y producía el encanto de una fuente cristalina que desciende en su curso halagando los sentidos. Cuántas veces en los días festivos, solíamos atravesar el río Hudson e internarnos en las hermosas arboledas de las Palisades o recorríamos las avenidas del Parque Central, y allí transcurrían insensiblemente las horas, bajo la influencia de su palabra sana y amena que hacía olvidar el bullicio de la metrópoli. Su oratoria sólida y rica en imágenes brillantes se derramaba como raudales de perlas y de flores, y su auditorio quedaba siempre cautivado por el encanto de ella. Recuerdo que en una conferencia que dio sobre Guatemala, con el propósito de reunir y vincular a los latinos residentes en Nueva York, tomó como tema las flores y los pájaros que adornaban el sombrero de una señorita allí presente, y sobre él hizo la pintura más hermosa que jamás haya leído de la naturaleza y de la sociedad centroamericana.

La impresión que a todos nos produjo fue la de hacer olvidar que nos hallábamos bajo un cielo gris y helado, creyéndonos transportados a los trópicos, y solo volví a la realidad de nuestra existencia cuando sentí un «*hurry up*», pronunciado con áspero acento sajón por dos jóvenes que pasaban a mi lado.

Era un trabajador infatigable y desde el alba que empezaba su labor con la lectura de los diarios hasta altas horas de la noche y a veces hasta la nueva aurora que solía sorprenderlo cuando, como él decía, se hallaba engolosinado por algún estudio en que ponía toda su alma para transmitirla a los lectores que él obligaba por las visitas de sus amigos a quienes recibía con solícito cariño.

Y no eran solo los trabajos literarios que ocupaban sus horas. Las dividía entre estos y las conferencias que daba a los cubanos pobres, en las que se esforzaba para vincular al elemento de color, con los de las clases superiores, porque unos y otros debían servir para preparar la revolución cubana que era el objeto de su permanencia en Estados Unidos.

A pesar de los largos años que allí vivió, nunca pudo identificarse con la vida americana, porque su espíritu generoso y desinteresado era refractario a los procedimientos egoístas que constituyen el fondo del carácter de ese pueblo. Desconfiaba con las tendencias imperialistas de esa nación y creía que abrigaba propósitos absorbentes, contra los cuales las repúblicas latinas debieran estar prevenidas. Méjico, decía, solo ha podido evitar nuevas desmembraciones merced a una política hábil, en que sin resistir directamente, ha evitado la invasión de intereses americanos. Consideraba la conferencia monetaria internacional, iniciada por Blaine y a la que él fue delegado por el Uruguay, y yo lo fui por la Argentina, más como el medio de favorecerlos

intereses de los Estados Unidos platistas, que el de estrechar losvínculos de todas las naciones de América. Carece, pues, completamentede fundamento la versión de un escritor franco-argentino, de que Martífuera partidario de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, cuando, porel contrario, veía en ellos un peligro para la independencia. Creo, sinembargo, que sus temores eran infundados a este respecto, como lo hademostrado la conducta de aquella nación, para terminar la guerra yestablecer el gobierno propio de la isla y estoy convencido de que notienen ambiciones de predominio sobre la América latina. Mr. Elihu Rootme dijo durante su visita a esta capital, que los Estados Unidos nuncaanexionarían a Cuba y tengo la más absoluta confianza en la sinceridadde este gran estadista americano.

Los últimos años de la vida de Martí en Nueva York me son pococonocidos. Su última carta me revelaba un estado moral deprimido por elexceso del trabajo, que había creado en su organismo una excitaciónnerviosa. «Tengo horror a la tinta, me decía, y desearía huir a losbosques, aunque me crecieran las barbas verdes, para no ver papeles nisentir las fealdades de las gentes». Pasaron algunos años, durante loscuales solo tuve noticias de él por intermedio de un amigo, cuando undía recibí un telegrama en que me decía: «deberes ineludibles me llamana mi patria y necesito su ayuda, mándeme por cable quinientos dólares».Mi situación en aquel momento era difícil y me fue imposible ayudarlo.Tengo, pues, el remordimiento de no haber contribuido con esa suma a laindependencia de Cuba, puesto que en esos días salía Martí de Nueva Yorkpara reunirse con el general Máximo Gómez e invadir la isla, iniciandola nueva insurrección que dio por resultado la terminación del dominioespañol.

La noticia de su muerte en los primeros combates librados entre cubanosy españoles me produjo hondo pesar. Consideraba a Martí uno de loshombres de más talento que me había sido dado tratar y su muerterepresentaba no solo una pérdida irreparable para Cuba, de la que habríasido uno de sus preclaros presidentes, sino para la América latina toda,pues desaparecía el escritor genial en quien el fuego de la solidaridadamericana brillaba con resplandores que iluminaban ambos continentes.

José Martí

por Román Vélez

Notas de Arte (Colombia), agosto 15 de 1910

Le conocí y traté en New York el año de 1891.

Me consagró su amistad. La amistad es la única rosa que no tieneespinas. La única fuente arrulladora que no tiene lodo.

Fui su amigo—en el trajín social—de pocos meses.

Soy su amigo perdurable por el recuerdo y la memoria.

Su recuerdo es para mí un ariete, relámpago que cruza las soledades demi cerebro, viento agitado en mi calma abrumadora, águila quedespierita—en horas de abatimiento—a picotazos mi alma.

Fui, con varios condiscípulos, expresamente a conocerle. Habitaba casahumilde y vivía modestamente.

Enamorado yo de sus escritos, deslumbrada mi juventud por aquel vuelo decóndores de su prosa soberana, entré a aquel Areópago con el pensamiento en las nubes y el corazón en los labios.

Eran días tétricos para los colombianos residentes en New York, días en que un desdichado compatriota, al frente de un puesto distinguido, había llevado a sus gavetas joyas que no eran suyas.

Fue ese el tópico obligado, y Martí me decía: «los suramericanosenviamos trozos humanos putrefectos para que estos países los escarben yexaminen, mandamos el rostro ensangrentado de la Patria para que estospaíses lo abofeteen».

Sobre Cuba exclamaba:

«Estoy desorientado y triste, pero con la mirada siempre fija en lacumbre inaccesible.

»En mi tierra no hay más que dos hombres: Gómez y Maceo, y una bandera:yo.

»A ellos los tienen como visionarios y a mí me consideran loco. Nos handejado solos.

»Aquí, en los momentos de angustia, en esos días lóbregos en que en vanolucho y brego con los hombres y las cosas, al trasladar al papel mis pobres pensamientos, no me explico, no comprendo cómo no se transforman en Vesubio mi cabeza ni se convierte mi pluma en bayoneta.

»Ustedes, los colombianos, tienen aun esperanzas de redención: allí hay vida, hay savia, hay esplendor.

Nosotros no tenemos nada.

»Cuba es una tumba muy grande que guarda un cadáver más grande que ella:la raza india muerta.

»Esa raza me alienta, y la máxima de Bolívar me conforta:¡Venceremos!«.

Calló, inclinó la cabeza meditabundo, me pareció escuchar el ruidoestruendoso de las armas en la manigua, y comprendí que aquel hombre eraalgo más que tribuno, algo más que genio: ¡era la Libertad!

La América latina ha sido escasa en mentes colosales. El genio, como elcélebre arbusto parlante de Sumatra, no se ha dado en América sino muyde tarde en tarde.

Ha habido ilustraciones altas y macizas, pensadores vastos y profundos, prosistas, oradores y poetas de palabra de oro y alas luminosas; pero elgenio auténtico, la cabeza batida por aquilones y coronada de rayos, lalengua de fuego que realza y purifica cuanto toca, la pluma gigante quevierte a raudales la ternura, la ciencia y la filosofía... esos, han sido muy raros en América.

Genio Montalvo; genio José Martí.

El primero con una sombra: el arcaísmo; el segundo, sin sombras y sin manchas.

La estulticia de las muchedumbres, el espíritu fácil al aplauso de nuestra raza, la lisonja desmesurada de los gacetilleros, el coro vacío y frívolo de las mediocridades, han hecho aparecer en ocasiones como lumbreras a seres que apenas han tocado los primeros peldaños de la gloria.

Entes grandes y pomposos—como la encina de Lebes—, pero huecos.

Árboles corpulentos de espléndido ramaje, pero torcidos e inclinados a la tierra.

Hoy la serie de pensadores es como una serie de montañas, pero sin cumbres que sobresalgan, sin picos que se despidan de las otras.

La constante difusión de las luces, el espíritu incansable e investigador del siglo, la rapidez y la facilidad en las comunicaciones, la escuela, el libro, la prensa y la tribuna, han eliminado esas eminencias, cúspides de la humanidad.

Con la abundancia de las colinas han desaparecido los Himalayas.

Con la dilatación ha resultado el aplanamiento, con el ensanche se ha perdido la altitud.

El peñón abrupto es arena rutilante.

El nido es colmena.

La altura es extensión.

La cima ha sido cubierta por la arboleda en marcha: no se ven más que árboles.

La roca altísima ha sido invadida por el mar: no se ven más que olas.

Hoy es plaza lo que ayer fue torre, lago lo que fue atalaya, cielo inconmensurable lo que fue astro esplendoroso.

«Las cumbres se han deshecho en llanuras, las llanuras son cumbres.

»Son muchos los poetas secundarios, escasos los poetas eminentes solitarios.

»El genio va pasando de individual a colectivo.

»El hombre pierde en beneficio de los hombres.

»Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa».

Las golondrinas se han elevado y los cometas han descendido.

Las legiones han subido y Júpiter ha bajado.

El mérito de Martí consistió precisamente en eso: haber dado sombra a tantas grandezas.

En época, en que la ciencia es ambiente y el talento multitud, él fue Argos impoluto, gigante, solo, y ¡único!

Todo tiene en la naturaleza su punto culminante, su nota dominante, su faz grave y severa: la selva, el roble centenario; el océano, la ola inmensa de cresta arrebolada; el desierto, el león hirsuto y arrogante; y la sociedad, el genio.

¡Y genio fue José Martí!

Murió a los 42 años y es asombrosa su labor política y literaria.

A la edad en que otros comienzan a ascender, ya él traía guirnalda del Olimpo.

En un mismo día, y en ocasiones en una misma hora, escribía un discurso, redactaba una carta, pergeñaba una revista, otorgaba una clase, leía un libro, hojeaba un folleto, traducía una fábula, hablaba de cosas fútiles con su familia y de cosas lisonjeras con sus amigos.

Tenía el don de contorcerse y dividirse, la cualidad de la centuplicación.

Un caso de polizoísmo.

Trabajaba en una casa de comercio, colaboraba en varias sociedades *ymagazines*, sostenía incansable correspondencia con sus adictos, enseñaba a los desgraciados, meditaba, discutía, exaltaba a los pusilánimes, aseteaba a los cobardes, confortaba a los sufridos, se erguía ante los poderosos, lloraba con los indigentes; tenía un báculo para cada caída, una esperanza para cada lacería, un bálsamo para cada dolor, una rosa para cada beldad, un pensamiento dulce para cada párvulo, y aun le quedaba tiempo para ser rendido y galante con la esposa y cariñoso y afable con los hijos.

Séneca, Aristóteles, Corneille, Bacon, Montaigne, Joubert, Massillon, San Agustín, Rousseau, Voltaire, Shakespeare, Juvenal, toda una legión, se agitaba, bullía, vibraba en aquel cerebro poderoso, hecho para los torneos y las epopeyas, para las recias batallas y las hondas lucubraciones.

En sus manos eran a diario: el *Tratado de la Naturaleza* de Malebranche, *Los Pensamientos* de Marco Aurelio, la *Historia de España* de Mariana, los *Epigramas* de Marcial, las endechas de Massinger, el *Capital* de Marx, las elegías de Propertio, los *Ensayos* de Macaulay, las *Observaciones* de Llorente, el *Catecismo* de Lutero, todo le era familiar, conocido, íntimo, y consideraba los periódicos como soldados y los libros como hermanos.

Para él todas las mujeres eran santas, todos los hombres buenos, todos los guerreros dignos, todos los oficios nobles, todas las cosas bellas.

El reptil, a sus ojos, se convertía en ave; el barro en oro; el erizo en flor; el espectro en ángel.

Su voluntad era granito; su espíritu, llama.

Unía, a la calma de Massena, el arrojo de Murat.

Aunaba, al candor de Carlos Dickens, la precisión de Víctor Hugo.

Odiaba el estilo misoneico y la poesía macróstica.

Admiraba más a Martos que a Castelar.

Para sus compañeros y admiradores era inofensivo como la malva; para sus enemigos, venenoso como el quedeo.

Polígloto, enciclopédico, polílogo.

En aquellos, atardeceres minuciosos de la gran Metrópoli, en que Martí solía pasearse por las alamedas de Green Wood, ¿quién iba a imaginarse que de aquella mano tan sencilla pendía un mundo, que tras aquella cabeza silenciosa iba una bandada de águilas libertadoras!

Su erudición, pasma. Si todos van contra él, él va contra todos. Tiene del ala y del hacha. De la roca y del torrente. De la hoja y del rayo. Ensalza, y va hasta lo infinito; derriba, y llega hasta el abismo. Cuando alaba encumbra; cuando analiza, despedaza. Su palabra, ora corre mansa, ora retumba; sus verbos, ora se deslizan, ora estallan. Algo como un trueno avanza por entre sus frases calológicas. Se siente calor denuevo y rodar de cañones. Esculpe de una plumada; retrata de un brochazo. Tiene arranques sublimes en que parece que la tierra se levanta o el cielo se desploma. Tiene voces que gimen, términos que gritan, giros que rebomban. Se escucha vuelo de pájaros y fuego de fusilería. Su dibujo es línea recta; su corte, el del diamante. Es paleta y es cincel. Es terso y es hondo. Palpita y regolfa. Su ritmo es una nave que se aleja; su dialéctica, escuadra que combate. Por entre la malla de su prosa hay pueblos que se hunden, ejércitos que se destrozan, mares que se revuelcan, bosques que caminan. Es raso y es acero. Es guzla y es clarín. Es halago y es centella. Escribe versos que enamoran, filípicas que entusiasman, libros que glorifican. Es diminuto y es excelso. Sencillo y complicado. Es león y paloma. Oruga y colibrí. A veces se detiene, como ante un precipicio; a veces corre veloz, como un locomotor. Mezcla lo alto y lo bajo, lo noble y lo ruin, la mariposa y el estiércol, la mirra y el escarabajo, el dístico y la canción.

Todo sale embellecido y purificado de aquella péñola incomparable, péñola que hoy bendice todo un pueblo, y es lumbre de la humanidad.

Su vida fue un himno permanente a todos los derechos, eterna protesta a todas las iniquidades.

Fue mentor augusto, patriota insigne.

Fue principio y resumen. Alfa y Omega. Sacerdote y apóstol. Mecenas y Catón. Sufrió, amó, creó. Conoció lo pasado, vislumbró lo porvenir. Fue artista, gladiador, vidente. Se echó un mundo a la espalda y con él se vio, radioso y fatigado, camino de la inmortalidad. Ante los obstáculos se duplicaba; ante los imposibles, no cedía. Enérgico, rápido, tenaz. Si nublado, se alzaba; si torrente, se sumergía. Para él era para la existencia, átomo el universo, minutos las edades. Limpiaba, talaba, esclarecía. Hacía surgir proclamas de los muertos, lanzas de las tumbas, auroras de los antros, escuadrones de las piedras. Brotaban chispas su espada; relámpagos, su pensamiento.

Dominó, coronó, ascendió.

Y al caer, rota la frente, en un charco de sangre, hubo irrupción de llamas en el cielo, aglomeración de palmas en la tierra, condensación de recuerdos y sentimientos en el corazón de los americanos.

Para llorar a Martí no son suficientes las lágrimas de todos los hombres ni el grito clamoroso de todos los siglos.

¡Santa memoria de Martí, bendita seas!

Martí

Discurso pronunciado por el Doctor José Antonio González Lanuza

En la Cámara de representantes de Cuba el 19 de mayo de 1910

Señor Presidente y señores Representantes:

Cuanto aquí nos congregamos, hacemos memoria, sin duda, de una sesión análoga a esta—igual a esta diría mejor—en el año precedente. Entonces designado para hablar de Martí, fue el señor Miguel Viondi, y los que aquí estamos y estábamos aquella tarde, recordamos cuán gratamente nos entretuvo; dando a su disertación el interés de la relativa novedad, única a que puede aspirarse cuando del Padre de nuestra Patria se trata hoy entre nosotros. Colocado se encontraba el señor Viondi en ventajosas condiciones para ello: amigo íntimo de Martí, lo había tratado durante largo tiempo y de la manera más estrecha y podía referirnos rasgos, de esos que parecen insignificantes, pero que mejor que ninguna otra cosa indican el temperamento y la condición peculiar de un personaje. Refiriéndonos historias de esa clase, podía entretenernos con algo nuevo que no supiéramos los demás, que pudieran servir para rectificar algún juicio de detalle y para confirmar, como no podía, menos de resultar confirmado, el juicio que en conjunto formáramos todos de antemano del hombre insigne cuyo nombre invocamos en estos instantes.

En cambio, el que se ha designado para que lleve la palabra en el día de hoy, y de él os hable, se encuentra en condiciones más desventajosas, porque no tuvo la dicha de conocerlo, ni de verlo; y porque de él sabe lo que sabemos todos; y de él no puede decir otra cosa que lo que está en la mente y en el corazón de todos. No era posible que en Cuba se ignorara quién fue Martí, cuál fue su obra y cuál su representación entre nosotros. Desde los más humildes—desde el punto de vista de la inteligencia—hasta los que pueden decirse próceres de esa inteligencia, muchos han hablado entre nosotros de aquel que por antonomasia se ha llamado el Maestro. Historia de su vida, antecedentes de su carrera política, antecedentes de la agitación que organizara y todos los detalles relativos a su participación en el movimiento revolucionario que definitivamente independizó a Cuba, son, para cuantos aquí estamos, cosas sabidas; e igualmente son sabidas por todos los cubanos. En tal concepto, al que no pueda referir algún aspecto de la vida personal de aquel gran cubano, a un auditorio distinguido como este, se le coloca en una situación verdaderamente difícil cuando se le hace hablar de Martí. El tema es atractivo, es simpático, y porque siempre ha sido tema atractivo y simpático, muchos lo han tratado, muchos lo han desarrollado. El terreno, de tal modo, está espiado por completo; y yo he de recomendar a la benevolencia de ustedes para que con esa benevolencia se me perdone todo lo que en mi discurso no puede menos de ser una repetición.

Pudiéramos dividir en tres partes, no iguales, cierta mente, un discurso como el que debo pronunciar en el día de hoy: en una se puede hablar de la vida de Martí; en otra, de su carácter y

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

